

UNA PAZ INTERIOR JODA

(Por Guillermo Saccomanno) Es una pareja joven la que está entrando al hotel poco después de la medianoche. Ella tiene un bronceado perfecto. El, en cambio, parece un camarón. Ella tiene el garbo de San Isidro. El, en cambio, aunque pretenda, siempre parecerá de donde es: Floresta. Puede apreciarse que vienen de una pelea. Y que todavía no terminó. *Que te conste que hoy me acuesto tarde por vos, Pablo*, le ha dicho ella. *Sabés que necesito dormir ocho horas, lo sabés. Y mañana, encima el micro. Voy a estar destruida.* El se enderezó los anteojos: *Era nuestra última noche, Dolo. Quería que cenáramos como cuando éramos novios.* Ella ni lo miró para contestarle: *En una parrilla. Sabés que soy vegetariana. Pero insistís en que coma cadáver, que pierda mi centro.*

Ahora están frente a la concerjería de *La Tonina Blanca*. Y ella lo encara al Bebe, lo trata con ese tono de los que están acostumbrados a mandar. Y también como si le quemara una papa en la boca:

—Mañana nos vamos —le dice imperativa—. Ténganos lista la cuenta para el desayuno. Y que no haya errores, por favor.

Después, la fina se vuelve hacia su hombre:

—Y vos revisá bien la cuenta, ¿querés? —le ordena—. Que no te estafen como siempre. En estos lugares viven estafando al turista, Pablito... Todavía no sé por qué no fuimos a Saint Thomas.

Y el tal Pablito saluda al Bebe con una sonrisita y sigue a la mujer. Y cuando los dos se pierden en las entrañas oscuras del hotel, el Bebe, que todavía no ha dicho una palabra, prende un negro y le sonríe cómplice al palomar con las llaves.

—Están en la 54 —comenta—. En el *I Ching* ese número es la muchacha que se casa. No siempre buen signo. Porque alude a las relaciones en el matrimonio, donde la mujer debe subordinarse al hombre.

Al Bebe, el portero de noche, lo obsesiona la coincidencia entre los números de las habitaciones y los hexagramas del *Libro de los Cambios*. Uno podría pensar que lo suyo es delirio de alcohólico. Pero hace bastante que el Bebe se pasó de la ginebra al *earl grey*. Y además la realidad se encarga de reforzar el encaje de los destinos con los cuartos.

—Pablo Carducci y María Dolores Lanús —cuenta el Bebe—. Ella es promotora de una inmobiliaria. Y él un ejecutivito de una multi. Tres años de casados. Si los observás, te das cuenta de que él se hubiera adaptado hasta a un veraneo en San Clemente. Pero a ella, la muy tilinga, Pinamar o Punta del Este le hubieran quedado menos apretado de cisa que la Villa. Pobre flaco. Lo excedió su ballena blanca. Tendría que haber calculado que el capitán Ahab cuando arponeó por fin a su leviatán fue arrastrado para siempre a su propia destrucción.

El Bebe habla con reverencia de *Moby Dick*, que siempre viene al caso de lo que cuenta.

—La cuestión es que la mina maltrata al tipo como si fuera su deporte predilecto. A veces, no directamente. Y se las agarra con el prójimo esperando que él intervenga. Pero él se queda piola, manso como una oveja. Y la mira pelearse con el mundo sin meterse. Y al verlo no sabés si es un pelotudo supino o un monje zen. Ella anda siempre buscando roña. Con las camareras, porque no le limpian bien el cuarto o le robaron una crema. Con los taxistas, por el reloj. Con los quiosqueros, por el cambio. Con los vecinos de carpa, porque levantan la voz. Con los pibes de la playa, porque le juegan cerca a la paleta. La humanidad, para la concheta, es su personal de servicio que no entiende las reglas maniáticas que ella estableció mentalmente. Y mientras ella discute, protesta, chilla, riñe, putea y se trenza con todos, él aparta la vista abochornado, prende un faso y espera que pase la tormenta. Después, ella se manda unas gotitas de Bach. Porque la agresión, dice, la desequilibra. Por eso, también, con la caída del sol, baja a la playa para hacer taichí. El otro día escuché que él le decía: *Ultimamente estás un poco nerviosa, Dolo. Sos vos que me hacés perder la paciencia*, le contestó ella. *Disculpame, me pareció*, dijo él. *No hacés más que provocarme con tu frialdad. Y me alterás. ¿No te das cuenta de que yo tengo una paz interior joda?* Y crispada, ella se mandó otro saque de gotitas de Bach.

DESDE LA CAMA

Por Julieta Garavaglia

Julieta Garavaglia (Buenos Aires, 1961) divide su prosa entre su trabajo como creativa en una agencia de publicidad y la redacción de cuentos y artículos ligados a la mujer y al erotismo que —como en el cuento que aquí se presenta— puede, aunque sea desde el conocido territorio de la cama, ser narrado por la más extraña de todas las voces.

Ahora que lo miro desde la cama pienso en todas las cosas que pasaron desde que me compró a aquel turco. El turco, qué personaje...

Yo con el turco estaba bien. Me cuidaba, me compraba ropa, moños para el pelo, pañuelos de seda. El turco era un obsesivo. Yo tenía que estar siempre perfecta. Como una Barbie. Por eso le gustaba tanto mi pelo platinado y se preocupaba de que yo estuviera siempre bien. Yo era su muñequita.

En cambio, este tipo es diferente. A veces parece que lo único que le importa es mi cuerpo. Yo, para él, no soy más que eso, un cuerpo para usar. Me tira del pelo hasta que mis hebillas saltan por el aire. Mis vestidos están todos arrugados, descosidos por los tirones que me pega cada vez que me agarra.

Lo peor es cuando se va y me encierra. O cuando viene con alguna mina, de esas que conoce en el colectivo o en Plaza Once. Muchas veces yo me tengo que aguantar adentro del ropero y escuchar que él las llame chiquita y todas esas cosas que antes eran sólo para mí. Yo me quedo quietita adentro del ropero, sin poder hacer nada. Quizá sea una tonta, no sé, será que no tengo nada en la cabeza, pero cuando las minitas se van y él me abre las puertas yo me tiro en sus brazos, siempre entregada a lo que él quiera hacer conmigo. Total, no tengo otra cosa que hacer.

Cuando viene borracho se enoja porque dice que yo me paso todo el día sentada frente al espejo o tirada en la cama. Me grita que soy una rubia tarada, que ya se va a conseguir una mujer en serio, que le prepare ricas comidas, que le planche y todas esas cosas. Por mí, que diga lo que quiera, total yo sé que igual va a venir y me va a llevar a la cama. El me necesita.

Como esos días en que está de buenas y se baña, se afeita y, mientras yo lo miro desde la cama, canta algún bolero de esos románticos y calentones como para ir preparando el ambiente. Después se acerca y me empieza a bajar el top de lentejuelas justo hasta el borde de los pezones y los busca con su lengua áspera. Su lengua amarillenta. Los moja con saliva y los muerde, suavecito, como un cachorrito, porque sabe que si me muerde fuerte ya no me va a seguir teniendo. Y a él le gusta tenerme. Soy lo único que tiene. Lo demás es pasajero. Las minas, los amigos del bar, algún gato que encuentra por ahí. Todos van y vienen, pero ninguno se queda como yo. Esperándolo.

El es un jodido. Pero tengo que reconocer que cuando está bueno lo pasamos bien. Como esos días en que llega a la noche, apaga la luz, se acuesta a mi lado en la cama y mientras fuma el último cigarrillo me cuenta cosas de la calle, del trabajo o simplemente se queda ahí, callado, y me toca con la puntita de sus pies gastados. Son esos días en que me trata como a una verdadera esposa, aunque sabe que no es lo mismo, que eso es imposible. Yo no le digo nada, total, para qué. Pero él debe sospechar algo con respecto a mis aventuras con el turco. El turco le juró que entre nosotros nunca había pasado nada, pero el turco me amaba. El turco me quería de otra manera. El turco me vendió por necesidad. El no me mordía los pezones ni me gritaba ni me quería para hacer chanchadas. El turco me cuidaba, me acariciaba. Me peinaba y me besaba los pies. El decía que yo era una diosa, que yo era mucho más que cualquier mujer. Pero debe ser que los hombres son todos iguales, al menos eso dicen, porque el turco terminó vendiéndome al mejor postor. Yo si no fuera por eso no estaría acá, tirada en la cama mirando cómo se saca los pantalones y los tira sobre la radio antes de meter su cuerpo caliente y sudado junto al mío.

Cuando prende la tele yo miro a las otras mujeres y las envidio. Con sus vestidos nuevos, sus trajes brillantes, sus zapatos altos de colores estridentes. Cómo me gustaría tenerlos para mí. En esos momentos extraño tanto al turco... El siempre miraba la televisión, sentadito al lado mío y anotaba lo que le gustaba y seguro que ese mismo día me sorprendía con una caja toda envuelta para regalo, con moños y todas esas cosas lindas que les ponen. Y cuando las abría aparecían vestidos de fiesta o esa ropa interior con flecos y puntillas que me ponía despacito y que tanto le gustaban. A mí me resultaba un poco incómoda porque me apretaba o se me resbalaba y después me quedaba toda corrida, pero la verdad es que ahora que no la tengo, la extraño. Ya quisiera yo tener aunque sea una bombachita como las que tenía entonces. Ahora me tengo que conformar con lo que queda de aquella época, porque el miserable nunca me trae nada.

Una sola vez desde que estoy con él pude cambiar un poco de ropa, ponerme algo distinto. Fue una vez que él había traído una amiga. Yo los escuchaba desde la piecita del fondo. La trataba bien, parecía otra persona, si hasta se había perfumado. Hablaba con palabras difíciles, de esas que dicen en la televisión, pero que él habitualmente no usa. Ella era una mujer más bien gordita, era como una maestra. Tomaron té y después él sacó una botellita de grapa. Al principio ella se negó a acompañarlo, pero entretenida por las historias de la infancia que él se había largado a contar, aceptó una copita y luego otra y así la conversación fue cambiando de rumbos hasta que rieron los dos a carcajadas. Ella, de la risa, se cayó al piso y cuando él intentó levantarla le rozó los pechos gigantescos como melones rocío de miel. No sé cuál de los dos se sorprendió más. Si él, acostumbrado a mis tetitas redondas, o ella, que por la expresión de su rostro se diría que era la primera vez que alguien osaba profanar la virginidad de sus pechos. La cuestión es que la mujer le pegó un cachetazo y salió disparada dejando sus guantes y su bufanda en la escapada.

A partir de ese día, cada tarde cuando llegaba del trabajo, él sacaba los guantes y la bufanda de una cajita que tenía escondida al fondo del armario. Primero me ponía los guantes y después me enrollaba la bufanda al cuello. Recién entonces se sentaba y empezaba a charlar de cosas de otras épocas. A veces se le llenaban los ojos de lágrimas, hablaba de gente distinta, de lugares que yo no conocía y que tampoco aparecían en la televisión.

Así me enteré de muchas cosas que antes no sabía. Una tarde me contó, acodado en la mesa mientras cebaba mate con grapa, que cuando era joven solía vivir en un pueblo de provincia. Algo así como Las Heras o Las Vegas, era un nombre que yo nunca había oído. Debía ser poco importante porque no salía en la televisión. La cuestión es que en ese pueblo la gente comía y dormía. Igualito de día que de noche. Con la diferencia que al dormir de día lo llamaban siesta, ése era al menos el nombre que él le dio y eso se lo creo porque lo decía con otra voz. No con la voz de siempre, ésa con que me pega en la cama o me tira del pelo cuando llega un poco borracho. Estas cosas me las contaba con esa voz que ponía cuando vino esa mujer. La de los guantes y la bufanda que yo tengo puestos ahora. El me contaba sus historias de la hora de la siesta. Parece ser que cuando la gente del pueblo se va a dormir de día las calles están más vacías que a la noche. Ni un perro pasa por la vereda. Los rayos del sol caen en picada y al que se descuida y anda distraído por ahí después le vienen unos sueños locos, delira y hasta le sube la temperatura.

La cosa es que él aprovechaba la hora de la siesta para hacer cosas prohibidas mientras la gente dormía. Ahora que me lo dice me doy cuenta de dónde le vienen esas costumbres que tiene, parece que ya de joven le gustaba andar haciendo chanchadas porque resulta que en ese entonces, hace muchos años, pero no sé cuántos, él estaba loco por una mujer. Pero ella estaba casada con otro, más precisamente con el jefe de la estación. Esto era una complicación terrible, nada que ver con lo que hace él ahora de andar trayendo mujeres cada vez que encuentra una que le lleva el apunte y hacerle todas esas cosas mientras a mí me tiene acá escondida en la pieza de atrás. Con esa mujer era distinto. Parece ser que los únicos momentos en que él podía verla a solas era a la hora de la siesta, los días lunes, miércoles y viernes. Porque esos días llegaba el carguero del Oeste y el jefe de la estación tenía que comer a las apuradas y salir disparado para recibir el tren y esperar hasta que todo estuviese descargado antes de volver a su casa. Esos días el jefe salía en dirección norte, por la vereda de la sombra, derechito a la estación. Y

DESDE LA CAMA

Por Julieta Garavaglia

Julieta Garavaglia (Buenos Aires, 1961) divide su prosa entre su trabajo como creativa en una agencia de publicidad y la redacción de cuentos y artículos ligados a la mujer y al erotismo que —como en el cuento que aquí se presenta— puede, aunque sea desde el conocido territorio de la cama, ser narrado por la más extraña de todas las voces.

Ahora que lo miro desde la cama pienso en todas las cosas que pasaron desde que me compró a aquel turco. El turco, qué personaje...

Yo con el turco estaba bien. Me cuidaba, me compraba ropa, moños para el pelo, pañuelos de seda. El turco era un obsesivo. Yo tenía que estar siempre perfecta. Como una Barbie. Por eso le gustaba tanto mi pelo platinado y se preocupaba de que yo estuviera siempre bien. Yo era su muñequita.

En cambio, este tipo es diferente. A veces parece que lo único que le importa es mi cuerpo. Yo, para él, no soy más que eso, un cuerpo para usar. Me tira del pelo hasta que mis hebillas saltan por el aire. Mis vestidos están todos arrugados, descosidos por los tirones que me pega cada vez que me agarra.

Lo peor es cuando se va y me encierra. O cuando viene con alguna mina, de esas que conoce en el colectivo o en Plaza Once. Muchas veces yo me tengo que aguantar adentro del ropero y escuchar que él las llame chiquita y todas esas cosas que antes eran sólo para mí. Yo me quedo quietita adentro del ropero, sin poder hacer nada. Quizá sea una tonta, no sé, será que no tengo nada en la cabeza, pero cuando las minitas se van y él me abre las puertas yo me tiro en sus brazos, siempre entregada a lo que él quiera hacer conmigo. Total, no tengo otra cosa que hacer.

Cuando viene borracho se enoja porque dice que yo me paso todo el día sentada frente al espejo o tirada en la cama. Me grita que soy una rubia tarada, que ya se va a conseguir una mujer en serio, que le prepare ricas comidas, que le planche y todas esas cosas. Por mí, que diga lo que quiera, total yo sé que igual va a venir y me va a llevar a la cama. El me necesita.

Como esos días en que está de buenas y se baña, se afeita y, mientras yo lo miro desde la cama, canta algún bolero de esos románticos y calentones como para ir preparando el ambiente. Después se acerca y me empieza a bajar el top de lentejuelas justo hasta el borde de los pezones y los busca con su lengua áspera. Su lengua amarillenta. Los moja con saliva y los muerde, suavecito, como un cachorrito, porque sabe que si me muerde fuerte ya no me va a seguir teniendo. Y a él le gusta tenerme. Soy lo único que tiene. Lo demás es pasajero. Las minas, los amigos del bar, algún gato que encuentra por ahí. Todos van y vienen, pero ninguno se queda como yo. Esperándolo.

El es un jodido. Pero tengo que reconocer que cuando está bueno lo pasamos bien. Como esos días en que llega a la noche, apaga la luz, se acuesta a mi lado en la cama y mientras fuma el último cigarrillo me cuenta cosas de la calle, del trabajo o simplemente se queda ahí, callado, y me toca con la puntita de sus pies gastados. Son esos días en que me trata como a una verdadera esposa, aunque sabe que no es lo mismo, que eso es imposible. Yo no le digo nada, total, para qué. Pero él debe sospechar algo con respecto a mis aventuras con el turco. El turco le juró que entre nosotros nunca había pasado nada, pero el turco me amaba. El turco me quería de otra manera. El turco me vendió por necesidad. El no me mordía los pezones ni me gritaba ni me quería para hacer chanchadas. El turco me cuidaba, me acariciaba. Me peinaba y me besaba los pies. El decía que yo era una diosa, que yo era mucho más que cualquier mujer. Pero debe ser que los hombres son todos iguales, al menos eso dicen, porque el turco terminó vendiéndome al mejor postor. Yo si no fuera por eso no estaría acá, tirada en la cama mirando cómo se saca los pantalones y los tira sobre la radio antes de meter su cuerpo caliente y sudado junto al mío.

Cuando prende la tele yo miro a las otras mujeres y las envidio. Con sus vestidos nuevos, sus trajes brillantes, sus zapatos altos de colores estridentes. Cómo me gustaría tenerlos para mí. En esos momentos extraño tanto al turco... El siempre miraba la televisión, sentadito al lado mío y anotaba lo que le gustaba y seguro que ese mismo día me sorprendía con una caja toda envuelta para regalo, con moños y todas esas cosas lindas que les ponen. Y cuando las abría aparecían vestidos de fiesta o esa ropa interior con flecos y puntillas que me ponía despacito y que tanto le gustaban. A mí me resultaba un poco incómoda porque me apretaba o se me resbalaba y después me quedaba toda corrida, pero la verdad es que ahora que no la tengo, la extraño. Ya quisiera yo tener aunque sea una bombachita como las que tenía entonces. Ahora me tengo que conformar con lo que queda de aquella época, porque el miserable nunca me trae nada.

Una sola vez desde que estoy con él pude cambiar un poco de ropa, ponerme algo distinto. Fue una vez que él había traído una amiga. Yo los escuchaba desde la piecita del fondo. La trataba bien, parecía otra persona, si hasta se había perfumado. Hablaba con palabras difíciles, de esas que dicen en la televisión, pero que él habitualmente no usa. Ella era una mujer más bien gordita, era como una maestra. Tomaron té y después él sacó una botellita de grapa. Al principio ella se negó a acompañarlo, pero entretenida por las historias de la infancia que él se había largado a contar, aceptó una copita y luego otra y así la conversación fue cambiando de rumbos hasta que rieron los dos a carcajadas. Ella, de la risa, se cayó al piso y cuando él intentó levantarla le rozó los pechos gigantescos como melones rocío de miel. No sé cuál de los dos se sorprendió más. Si él, acostumbrado a mis tetitas redondas, o ella, que por la expresión de su rostro se diría que era la primera vez que alguien osaba profanar la virginidad de sus pechos. La cuestión es que la mujer le pegó un cachetazo y salió disparada dejando sus guantes y su bufanda en la escapada.

A partir de ese día, cada tarde cuando llegaba del trabajo, él sacaba los guantes y la bufanda de una cajita que tenía escondida al fondo del armario. Primero me ponía los guantes y después me enrollaba la bufanda al cuello. Recién entonces se sentaba y empezaba a charlar de cosas de otras épocas. A veces se le llenaban los ojos de lágrimas, hablaba de gente distinta, de lugares que yo no conocía y que tampoco aparecían en la televisión.

Así me enteré de muchas cosas que antes no sabía. Una tarde me contó, acodado en la mesa mientras cebaba mate con grapa, que cuando era joven solía vivir en un pueblo de provincia. Algo así como Las Heras o Las Vegas, era un nombre que yo nunca había oído. Debía ser poco importante porque no salía en la televisión. La cuestión es que en ese pueblo la gente comía y dormía. Igualito de día que de noche. Con la diferencia que al dormir de día lo llamaban siesta, ése era al menos el nombre que él le dio y eso se lo creo porque lo decía con otra voz. No con la voz de siempre, ésa con que me pega en la cama o me tira del pelo cuando llega un poco borracho. Estas cosas me las contaba con esa voz que ponía cuando vino esa mujer. La de los guantes y la bufanda que yo tengo puestos ahora. El me contaba sus historias de la hora de la siesta. Parece ser que cuando la gente del pueblo se va a dormir de día las calles están más vacías que a la noche. Ni un perro pasa por la vereda. Los rayos del sol caen en picada y al que se descuida y anda distraído por ahí después le vienen unos sueños locos, delira y hasta le sube la temperatura.

La cosa es que él aprovechaba la hora de la siesta para hacer cosas prohibidas mientras la gente dormía. Ahora que me lo dice me doy cuenta de dónde le vienen esas costumbres que tiene, parece que ya de joven le gustaba andar haciendo chanchadas porque resulta que en ese entonces, hace muchos años, pero no sé cuántos, él estaba loco por una mujer. Pero ella estaba casada con otro, más precisamente con el jefe de la estación. Esto era una complicación terrible, nada que ver con lo que hace él ahora de andar trayendo mujeres cada vez que encuentra una que le lleva el apunte y hacerle todas esas cosas mientras a mí me tiene acá escondida en la pieza de atrás. Con esa mujer era distinto. Parece ser que los únicos momentos en que él podía verla a solas era a la hora de la siesta, los días lunes, miércoles y viernes. Porque esos días llegaba el carguero del Oeste y el jefe de la estación tenía que comer a las apuradas y salir disparado para recibir el tren y esperar hasta que todo estuviese descargado antes de volver a su casa. Esos días el jefe salía en dirección norte, por la vereda de la sombra, derechito a la estación. Y él entraba desde el sur, por la puerta de atrás, derechito a la cama de la señora que lo esperaba siempre, invariablemente, haciéndose la dormida. El sabía muy bien que ella fingía, pero le encantaba que así lo hiciera. Entonces, se metía rapidito bajo las sábanas, con ropa y todo puesto, y volteándola como ahora me agarra a mí, como si fuera una muñeca, le acariciaba los pechos desnudos bajo la tela sedosa del camisón y le decía palabras al oído de esas que hacen poner coloradas a las mujeres.

Todo iba bien, él estaba cada vez más metido con ella, no faltaba jamás a la hora de la siesta. Y ella seguía con su historia secreta, siempre en silencio, dejándolo hacer como si el simple hecho de tomar alguna iniciativa fuera suficiente para que la culpa asomara en su cabecita de mujer casada y aburrida.

Todo iba bien, hasta que una tarde, al llegar a la estación, el jefe recibió la noticia de que el tren venía atrasado. Muchas veces en sus largos años al servicio del ferrocarril el jefe había especulado con la posibilidad de volver a su casa y sorprender a su mujer en la cama para hacerle el amor a oscuras, mientras afuera el rayo del sol quemaba los ojos. Esa tarde, apenas leído el mensaje, el jefe cerró nuevamente la oficina y volvió derechito para su casa, silbando bajito por la vereda de la sombra. Abrió sin hacer ruido para no despertar a su mujercita y entró en la pieza acomodándose el pelo y sin más abrigo que las chinelas de franela bajo sus pies.

Al llegar a esta parte de la historia él cebó un mate a pura grapa y se puso a mirar por la ventana. Golpeó con fuerza y puteó con todas las ganas, tenía odio en la mirada. Dijo que se había salvado porque el jefe estaba desnudo y eso le dio tiempo a salir corriendo y esconderse en el tren de carga que ya llegaba a la estación. Esa tarde, por suerte, el jefe no apareció y tuvieron que hacer todo los empleados solos. El se escondió en el fondo de un vagón y se quedó ahí, hecho un ovillito hasta que el tren dio el último pitido al llegar a la estación de Plaza Once. Desde entonces había prometido no volver a enamorarse de ninguna mujer.

Cuando él terminaba sus historias, yo lo miraba sin pestañear desde mi silla. El se quedaba en silencio, fumando o tomando, y cuando bajaba el sol, me llevaba a la cama y me hacía feliz, que era como le llamaba a todas esas cosas que me hacía cuando no me pegaba.

Pero eso era antes. Ahora hace cada vez menos cosas. Será que se está poniendo viejo. Yo no me doy cuenta porque me miro al espejo y me veo siempre igual. A no ser por mi ropa que está cada vez más descolorida por el paso del tiempo sigo teniendo el mismo aspecto que tenía cuando me compró. El, en cambio, está canoso y panzón. Ya no sale tanto y como toma mucho más que antes se queda dormido más rápido.

Cuando él se duerme yo me acuerdo del turco y de las otras muñecas como yo. ¿Seguirán en la vidriera de la juguetería? ¿Quién las habrá comprado?

Qué bien estábamos cuando vivíamos con el turco. La gente decía que nadie hacía las muñecas como él, venían de todos lados sólo para vernos. A nosotras nos llenaba de orgullo.

Tal vez ellas tengan vestidos nuevos. Tal vez hayan terminado sus días víctimas de las maldades de los chicos, con un brazo roto, sin cabeza y desinfladas. Yo, al menos tengo la suerte de estar enterita. Aunque a veces pienso que me hubiera encantado jugar a la mamá, ser la bebita de una nena que me quiera y que, con los años, me conserve para regalarme a sus hijas o a sus nietas. Por eso, cuando me pongo a pensar en esas cosas y lo miro desde la cama, pienso que una noche de estas voy a dejar de ser una muñequita inocente y todo mi cuerpo se va a despertar. Entonces, lo primero que voy a hacer es agarrar el cuchillo que está sobre la mesa y se lo voy a clavar bien adentro hasta el fondo del corazón. Quizás, en una de ésas, si lo aprieto mucho dice *mamá*.



él entraba desde el sur, por la puerta de atrás, derechito a la cama de la señora que lo esperaba siempre, invariablemente, haciéndose la dormida. El sabía muy bien que ella fingía, pero le encantaba que así lo hiciera. Entonces, se metía rapidito bajo las sábanas, con ropa y todo puesto, y volteándola como ahora me agarra a mí, como si fuera una muñeca, le acariciaba los pechos desnudos bajo la tela sedosa del camisón y le decía palabras al oído de esas que hacen poner coloradas a las mujeres.

Todo iba bien, él estaba cada vez más metido con ella, no faltaba jamás a la hora de la siesta. Y ella seguía con su historia secreta, siempre en silencio, dejándolo hacer como si el simple hecho de tomar alguna iniciativa fuera suficiente para que la culpa asomara en su cabecita de mujer casada y aburrida.

Todo iba bien, hasta que una tarde, al llegar a la estación, el jefe recibió la noticia de que el tren venía atrasado. Muchas veces en sus largos años al servicio del ferrocarril el jefe había especulado con la posibilidad de volver a su casa y sorprender a su mujer en la cama para hacerle el amor a oscuras, mientras afuera el rayo del sol quemaba los ojos. Esa tarde, apenas leído el mensaje, el jefe cerró nuevamente la oficina y volvió derechito para su casa, silbando bajito por la vereda de la sombra. Abrió sin hacer ruido para no despertar a su mujercita y entró en la pieza acomodándose el pelo y sin más abrigo que las chinelas de franela bajo sus pies.

Al llegar a esta parte de la historia él cebó un mate a pura grapa y se puso a mirar por la ventana. Golpeó con fuerza y puteó con todas las ganas, tenía odio en la mirada. Dijo que se había salvado porque el jefe estaba desnudo y eso le dio tiempo a salir corriendo y esconderse en el tren de carga que ya llegaba a la estación. Esa tarde, por suerte, el jefe no apareció y tuvieron que hacer todo los empleados solos. El se escondió en el fondo de un vagón y se quedó ahí, hecho un ovillito hasta que el tren dio el último pitido al llegar a la estación de Plaza Once. Desde entonces había prometido no volver a enamorarse de ninguna mujer.

Cuando él terminaba sus historias, yo lo miraba sin pestañear desde mi silla. El se quedaba en silencio, fumando o tomando, y cuando bajaba el sol, me llevaba a la cama y me hacía feliz, que era como le llamaba a todas esas cosas que me hacía cuando no me pegaba.

Pero eso era antes. Ahora hace cada vez menos cosas. Será que se está poniendo viejo. Yo no me doy cuenta porque me miro al espejo y me veo siempre igual. A no ser por mi ropa que está cada vez más descolorida por el paso del tiempo sigo teniendo el mismo aspecto que tenía cuando me compró. El, en cambio, está canoso y panzón. Ya no sale tanto y como toma mucho más que antes se queda dormido más rápido.

Cuando él se duerme yo me acuerdo del turco y de las otras muñecas como yo. ¿Seguirán en la vidriera de la juguetería? ¿Quién las habrá comprado?

Qué bien estábamos cuando vivíamos con el turco. La gente decía que nadie hacía las muñecas como él, venían de todos lados sólo para vernos. A nosotras nos llenaba de orgullo.

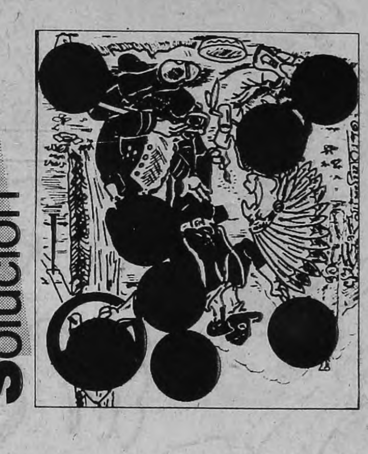
Tal vez ellas tengan vestidos nuevos. Tal vez hayan terminado sus días víctimas de las maldades de los chicos, con un brazo roto, sin cabeza y desinfladas. Yo, al menos tengo la suerte de estar enterita. Aunque a veces pienso que me hubiera encantado jugar a la mamá, ser la bebita de una nena que me quiera y que, con los años, me conserve para regalarme a sus hijas o a sus nietas. Por eso, cuando me pongo a pensar en esas cosas y lo miro desde la cama, pienso que una noche de estas voy a dejar de ser una muñequita inocente y todo mi cuerpo se va a despertar. Entonces, lo primero que voy a hacer es agarrar el cuchillo que está sobre la mesa y se lo voy a clavar bien adentro hasta el fondo del corazón. Quizás, en una de ésas, si lo aprieto mucho dice *mamá*.





► El dibujante ha cometido ocho errores al copiar el dibujo. Intente localizarlos.

Solucion



Los ocho errores

NOSOTROS Y EL SIDA

Es portador del virus del SIDA (HIV) quien tiene el virus en su organismo, tenga o no síntomas.

¿Qué es ser seropositivo?

Es seropositivo quien ha confirmado, mediante un análisis específico, la presencia de anticuerpos al virus en su organismo.

Un seropositivo es, ante todo, una persona. Su situación no es el resultado de

¿Quién puede enfermar de SIDA?

• Cualquier persona puede enfermar de SIDA, sea cual fuere su edad, sexo o actividad.

• Cualquier persona puede prevenirse del contagio.

• Cualquier persona puede evitar contagiar a sus semejantes.

¿Qué es ser portador del HIV?

su modo particular de vida, sino de su infección por el virus HIV. Para prevenir no hay que etiquetar a las personas sino tomar las medidas adecuadas.

Ser portador del virus no indica que alguien tenga SIDA, pero sí que ya contagia.